

COMUNIDAD FORMADORA

Se me ha encargado exponer en 25 minutos el tema de la comunidad formadora, desde el punto de vista de los monasterios masculinos, integrando los aspectos experimentales. La exposición, por lo demás, ha de estar destinada a promover el intercambio y el diálogo entre los presentes. Tratando de ajustarme a lo que se me ha pedido, se impone desde el inicio precisar los *límites* de esta relación.

- Presupongo una cierta *concepción* de lo que es la comunidad, la formación y, por consiguiente, de la comunidad formadora.
- Admito que el tema de la comunidad formadora puede ser enfocado desde diversos ángulos, personalmente me ubico en uno de ellos corriendo así el riesgo de unilateralidad.
- Me reduzco a presentar unos *pocos puntos* desde una perspectiva teórica y práctica. Puntos que por cierto pueden ser matizados y ampliados infinitamente.
- Los aspectos prácticos y concretos se refieren tan sólo a mi propia experiencia en mi propia comunidad de Azul. Comunidad cisterciense (trapense) fundada en 1958 por una abadía norteamericana y que consta al presente con veinticinco miembros, de los cuales ocho son del grupo fundador proveniente de la Casa Madre y el resto ha ingresado en Azul. Cabe también señalar que de los veinticinco miembros actuales, once se encuentran en una etapa de formación inicial (postulantes, noviciado, juniorado).

1. Comienzo con una *afirmación*, que puede ser discutida pero que me parece suficientemente cierta: la comunidad benedictina, en la mente de san Benito, está llamada a ser siempre una comunidad formadora. De acá que el Santo Legislador hable del monasterio como de una “escuela del servicio divino” (RB Prólogo, 45). En esta escuela Cristo ha de ser obedecido como Maestro, servido como Señor y seguido hasta su cruz y gloria por parte de todos y cada uno de los miembros de la comunidad.

Todos, por consiguiente, se han de considerar a sí mismos como discípulos y han de dejarse “amaestrar” por la disciplina de Cristo, Maestro y Señor.

La comunidad en su conjunto, a fin de ser siempre escuela, vivirá en continuo proceso de formación, de este modo podrá ofrecer a sus miembros aquello que no podrían hallar por sí mismos en la soledad. La tradición viva y vivida por la comunidad actúa como medio en el que jóvenes y ancianos pueden desarrollar la semilla de la vocación monástica sembrada por Dios en los corazones y destinada a convertirse en un gigantesco árbol.

2. Pero, más concretamente, ¿de qué *medios* se vale la comunidad para auto-formarse y formar a sus miembros, sobre todo a los más jóvenes? La respuesta a este interrogante ocupará el resto de mi exposición.

A. Ante todo debo decir que la comunidad forma en la medida en que permanece dócil a la acción del *Espíritu Santo* que la conforma como Cuerpo de Cristo. Y cuando el Espíritu obra, crea previamente un *ámbito mariano* a fin de que Cristo sea plenamente acogido y crezca en plenitud.

En mi propia comunidad esta docilidad y atención al Espíritu se manifiesta principalmente en la elaboración de los informes sobre la vida comunitaria en vistas a los Capítulos Generales o a las visitas regulares: y puedo decir otro tanto respecto a la toma de decisiones comunitarias, sean

éstas de índole litúrgica, económica, prospectiva, vocacional, etc. La acción comunitaria es frecuentemente facilitada por tres comisiones o consejos (privado, económico y litúrgico) que preparan la materia a dialogar y decidir. El superior, en el espíritu de la Regla, se reserva una última palabra de confirmación sobre las decisiones.

Me es difícil ejemplificar la acción de María entre nosotros. No se trata solamente de su asistencia y la ayuda que nos presta en nuestros procesos comunitarios, ni tampoco de su presencia en la Liturgia y manifestaciones de devoción. Creo que la más importante es su obrar escondido, liberador de trabas principalmente en los más jóvenes e integrador de la personalidad y de la vida espiritual en los más crecidos. No obstante, si tuviera que caracterizar la presencia y acción de María entre nosotros, tendría que decir que esta acción es creadora de fraternidad y filiación; es sobre todo en esto donde se la percibe como Madre Inmaculada, es decir, llena del Espíritu.

B. *El estilo de vida común o **conversatio*** es asimismo otro importantísimo elemento de la comunidad en cuanto formadora. El conjunto de las observancias monásticas, en cuanto camino hacia los valores y manifestación de los mismos, introduce al formando en un medio ambiente connatural con sus aspiraciones, le permite vivirlas y encarnarlas con toda naturalidad y casi sin darse cuenta de ello. De esta manera el formando es como llevado hacia Dios por la tradición monástica, liberado progresivamente de su voluntad propia y ayudado a ser libre para el Señor.

Siempre me ha sido fácil constatar la impronta que nuestra *conversatio* imprime en los miembros de mi comunidad, sobre todo en aquellos que han vivido varios años en ella. Más allá de la múltiple diversidad, existe un algo monástico común. Y observando diferentes comunidades monásticas he podido constatar una relación proporcional entre la coherencia y diafanidad de la *conversatio* comunitaria y la radicalidad del compromiso de los miembros; en otras palabras, una comunidad con un estilo de vida coherente y definido permite más fácilmente una entrega radical a sus miembros. Este compromiso radical robustece, a su vez, el estilo de vida dando lugar a una más profunda y caracterizada identidad comunitaria y monástica.

Nuestra *conversatio* en Azul privilegia algunos valores que pueden ser así fácilmente percibidos por el recién llegado. Estos valores son: la oración, el desierto (soledad y silencio), la ascesis (vigilias y austeridades), la fraternidad, el trabajo manual y la hospitalidad. El testimonio claro de estos valores favorece la formación en los mismos: es un hecho que los valores manifiestamente vividos por la comunidad son aquellos que más fácilmente internalizará y hará suyos el recién llegado.

Si bien no existe al presente en nuestra Orden un “libro de usos”, poseemos en Azul un libro de “acuerdos comunitarios”. En el mismo hemos ido explicitando a lo largo de los años, el sentido y la práctica concreta de algunas observancias. Entre ellas: el Oficio Divino, el trabajo, la oración personal y el silencio, el apartamiento de la sociedad, la acogida de visitantes y de huéspedes, la comida, el hábito, la sencillez y pobreza, etc.

Debo también señalar en este contexto la importancia de la existencia de modelos personales, de hermanos concretos que con su ejemplo y vivencia inspiran deseos de imitación y superación. Gracias a Dios nunca han faltado estos modelos en mi comunidad: testigos del trabajo, del silencio, de la oración y, sobre todo, de la caridad fraterna.

C. Parece importante destacar ahora el rol que juega la *Liturgia* comunitaria en el campo de la formación. No en vano es la Eucaristía quien forma a la Iglesia conformándola al misterio que celebra. La Liturgia de las Horas y el año litúrgico, con las alternancias y el ritmo que los caracteriza, fraguan de una manera muy particular el corazón de la comunidad y de cada uno de sus miembros. La comunidad monástica, en un cierto sentido, crea su liturgia y es asimismo formada por ella. De ahí la importancia del tipo o modo de las celebraciones y de la

participación activa de cada uno.

En Azul siempre nos ha parecido importante que nuestras celebraciones litúrgicas respondan a la índole monástica de nuestra vida. No se trata de que la Liturgia forme a una comunidad *indiferenciada* eclesialmente, sino a una comunidad con una identidad particular, o sea, monástica. La música, el ritmo de la celebración, los ritos..., en fin, todo debe contribuir al propósito que se intenta. No hace falta decirles que en este campo y en estos tiempos no hay productos acabados sino una continua búsqueda y lenta realización.

D. *Las costumbres monásticas caseras*, los hábitos y pequeñas tradiciones de cada comunidad desempeñan también una función formativa. Enseñan a convivir, edifican el sentido de solidaridad y pertenencia palpable, refuerzan la identidad y relación entre las diferentes generaciones, permiten un sentido de sana continuidad, hacen que uno se sienta “en casa”. La presencia de los jóvenes impide que estas costumbres se momifiquen y las enriquecen con nuevos coloridos. De hecho, una comunidad sin costumbres propias es casi reducible a una agrupación amorfa de hombres, es casi equivalente a un montón de individuos; y los montones y masas, por humanos que sean, carecen de capacidades formativas.

Estas costumbres y tradiciones caseras no son cosas del otro mundo sino realidades harto sencillas. Si me piden algunas de mi comunidad podría mencionar las siguientes: el domingo mensual de retiro comunitario con exposición del Santísimo toda la tarde; la preparación de verduras y la limpieza de la casa dos veces a la semana por parte de todos; la espontánea consagración a la Virgen de los jóvenes al terminar el año de postulante y comenzar el noviciado; la presencia alternada y periódica de los “ancianos” en reuniones informales del noviciado; y toda una serie de modos de actuar productos de la convivencia diaria y continua.

E. *La enseñanza explícita*, la interpretación y puesta en palabras de lo que la comunidad vive es otro medio del que ésta se vale para formar a sus miembros y enriquecerse a sí misma. El apoyo y la confianza que la comunidad presta a los agentes particulares de esta enseñanza –el Abad, el Maestro de novicios, los profesores, los responsables de trabajos– parece ser una de las claves y causas del éxito. Tanto la pedagogía cuanto el contenido han de tener relación directa con los fines de la vida monástica. La formación clerical, allí donde existe, ha de estar subordinada a la formación específicamente monástica. Un plan de formación que defina claramente fines, medios y agentes suele prestar imponderables servicios y ahorrar malos entendidos y pérdidas de tiempo.

En el momento presente no me atrevo a decir que mi comunidad es rica ni pobre en recursos relativos a la enseñanza de la cual hablamos. Por lo general tratamos de bastarnos con nuestros propios recursos y creemos que la formación inicial (que entre nosotros dura un mínimo de seis años) conviene sea hecha en nuestro propio medio y en forma ininterrumpida.

Un curso de Sagrada Escritura y otro de Teología Dogmática destinado a todos los profesos (ex coristas, hermanos legos y sacerdotes) y que duraron un poco más de 5 años nos dejaron un saldo muy positivo.

La confección de un plan de formación, basado en la experiencia concreta de algunos años, nos ha facilitado la comprensión de lo que se hace y el acuerdo en ello. También en esto el punto de llegada es fundamento para ulteriores pasos.

F. *Una estructura orgánica* de autoridad y funciones al servicio de la vida es otro medio indispensable para que la comunidad mantenga su capacidad formativa, ¡y para que siga siendo comunidad! La acción administrativa y, sobre todo, pastoral del Abad y sus colaboradores facilita el crecimiento de cada monje y enriquece la calidad de la comunidad formadora. La política del “dejar-hacer” sólo cultiva parásitos y es causa de desórdenes, multiplicidad de fines y, en una palabra, caos. La corrección es siempre necesaria desde el momento que el hombre

pecador no camina rectamente hacia la vida y sucumbe con frecuencia bajo el peso de su *anima curva*.

Sin entrar en cuestiones discutidas o tomar parte en la discusión sobre el abadiato temporal o permanente, y corriendo el riesgo de ser tachado de “continuista”, me permito decir lo siguiente: considero que, en el caso de mi comunidad, una cierta continuidad en los servicios ha favorecido la existencia y el desarrollo de una doctrina de vida compartida en gran parte por todos, ha permitido una línea constante de crecimiento y, sobre todo, una jerarquización de los valores y claridad en los fines perseguidos.

G. Quedarían aún por exponer toda una serie de *otros medios*, me limito a sugerirlos: el estímulo y la oración mutua; la fidelidad pese a las debilidades; la obediencia y la corrección de unos a otros; la aceptación de un sano pluralismo; el mutuo intercambio de dones; tiempos fuertes de soledad y comunión; el recuerdo vivo de los hermanos difuntos que ya gozan de la visión de Dios...

3. Y concluyo llamando la atención sobre una ley fundamental del proceso formativo: la *ley del crecimiento*. La comunidad que no la tenga en cuenta abortará a sus miembros más débiles y jóvenes. En la vida no se pueden quemar ni saltar etapas; aquello que se saltea ha de ser, tarde o temprano, recuperado. La vida es lenta en nacer. La perfección está siempre teñida de alguna imperfección. Los jóvenes precisan tiempo y los ancianos necesitan espacio. Todo esto implica infinita paciencia. Y pienso que ésta es la virtud de la comunidad formadora que más aprecio en la mía y que más me ha ayudado a crecer.

*Nuestra Señora de los Ángeles
Azul – Argentina*